

**CHIMAMANDA  
NGOZI ADICHIE**

**Medio sol amarillo**



*Medio sol amarillo* recrea un período de la historia contemporánea de África: la lucha de Biafra por conseguir una república independiente de Nigeria, y la consecuente guerra civil que segó la vida de miles de personas.

Con gran empatía y la naturalidad de una narradora comprometida, Chimamanda Ngozi Adichie recrea la vida de tres personajes atrapados en las turbulencias de la década: el joven Ugwu, empleado de la casa de un profesor universitario de ideas revolucionarias; Olanna, la hermosa mujer del profesor, que por amor ha abandonado su privilegiada vida en Lagos para residir en una polvorienta ciudad, y Richard, un joven y tímido inglés que está enamorado de la hermana de Olanna, una mujer misteriosa que renuncia a comprometerse con nadie.

A medida que las tropas nigerianas avanzan, los protagonistas de esta historia deben defender sus creencias y reafirmar sus lealtades.

Es una novela épica y magistral, que cuestiona el colonialismo, las alianzas étnicas y la responsabilidad moral de un conflicto apoyado por las potencias mundiales.

Mis abuelos, a quienes no llegué a conocer,  
Nwoye David Adichie y Aro-Nweke Félix Odigwe,  
no sobrevivieron a la guerra.  
Mis abuelas, Nwabuodu Regina Odigwe  
y Nwamgbafor Agnes Adichie,  
ambas mujeres excepcionales, sí que lo consiguie-  
ron.  
Dedico este libro a la memoria de todos ellos:  
ka fa nodu na ndokwa.

Y a Mellitus, dondequiera que esté.

Hoy todavía lo veo:  
agostado, endeble, expuesto al sol y al polvo de  
la estación seca;  
una lápida sobre los minúsculos escombros del va-  
lor inquebrantable.

Chinua Achebe, «Brote de mango»,  
en *Navidades en Biafra y otros poemas*

# PRIMERA PARTE PRINCIPIOS DE LOS SESENTA

## 1

El señor estaba un poco loco; se había pasado un montón de años leyendo libros en el extranjero, hablaba solo en su despacho, no siempre devolvía el saludo y llevaba el pelo demasiado largo. La tía de Ugwu se lo confesó en voz baja mientras avanzaban por el camino.

—Pero es buena persona —añadió—. Si trabajas bien, comerás bien; incluso comerás carne a diario.

Se detuvo para escupir. Arrojó el salivazo haciendo ruido y éste fue a parar sobre la hierba.

Ugwu no podía creer que alguien, ni siquiera aquel señor con quien iba a vivir, comiera carne a diario. No obstante, no le llevó la contraria a su tía porque se encontraba demasiado concentrado en su expectación, demasiado ocupado imaginando su nueva vida lejos de la ciudad. Llevaban un rato caminando después de haberse bajado del camión en el parque móvil y el sol de la tarde le quemaba la nuca; pero no le importaba. Estaba dispuesto a caminar durante horas bajo un sol aún más abrasador. Nunca hasta entonces había visto algo parecido a las calles que se abrieron ante ellos una vez que hubieron cruzado la puerta del recinto de la universidad, unas calles cuyo pavimento liso y alquitranado lo incitaba a posar sobre él la mejilla. No sería capaz de describirle a su hermana Anulika las casas de una planta que allí estaban pintadas del color del cielo y se alineaban una junto a otra como hombres educados y bien vestidos, ni los setos que las delimitaban, podados tan rectos que parecían mesas tapizadas de hojas.

Su tía apresuró el paso; el ruido de sus zapatillas resonaba en el silencio de la calle. Ugwu se preguntaba si también ella notaba el calor creciente del asfalto a través de las delgadas suelas de goma. Pasaron junto a un indicador, «odim street», y Ugwu articuló «street» como hacía siempre que veía una palabra en inglés no muy larga. Notó un olor dulce, embriagador, al entrar en un recinto; estaba seguro de que procedía de las flores blancas que sobresalían agrupadas por encima de los arbustos de la entrada. Éstos habían sido podados en forma de esbeltas colinas. El césped resplandecía y las mariposas revoloteaban por encima de él.

—Le dije al señor que lo aprenderías todo muy deprisa, *osiso-osiso* —lo alabó su tía.

Ugwu asintió con consideración aunque ya le había contado aquello muchas veces, tantas como la historia acerca de la ocasión que había hecho cambiar su suerte: la semana anterior se encontraba barriendo el pasillo del departamento de matemáticas cuando oyó al señor comentar que le hacía falta un criado que se encargara de la limpieza de su casa; y ella se apresuró a hacerle saber que podía ayudarle, antes de que el mecanógrafo o el mensajero de la oficina se ofrecieran a mandarle a otra persona.

—Aprenderé pronto, tía —la tranquilizó Ugwu.

Se quedó mirando el coche del garaje; una tira metálica adornaba la carrocería azul como un collar.

—Recuerda que lo que tienes que contestar siempre que te llame es «¡Sí, *sah!*!».

—¡Sí, *sah!* —repitió Ugwu.

Se encontraban de pie frente a la puerta acristalada.

Ugwu contuvo las ganas de extender el brazo para alcanzar la pared de cemento y notar la diferencia de tacto con respecto a las paredes de barro de la choza de su madre en las que aún se percibían las leves huellas de los dedos que las habían modelado. Por un instante, le habría gustado encontrarse allí, en la choza de su madre, bajo el

oscuro frescor del techo de paja, o en la de su tía, la única de todo el pueblo con cubierta de chapa ondulada.

Su tía dio unos golpecitos en el cristal. Ugwu entrevió las cortinas blancas al otro lado de la puerta. Una voz dijo en inglés:

—¿Sí? Adelante.

Ugwu y su tía se descalzaron antes de entrar. El chico no había visto nunca una estancia tan amplia. A pesar de los sofás de color marrón dispuestos en semicírculo, las mesas auxiliares que los separaban, las estanterías repletas de libros y la mesa de centro con el jarrón y las flores de plástico rojo y blanco, la sala parecía muy espaciosa. El señor se encontraba sentado en un sillón, en camiseta de tirantes y pantalones cortos. No mantenía la espalda erguida sino que estaba recostado y un libro le cubría el rostro; parecía ajeno por completo al hecho de que acabara de conceder permiso a alguien para entrar.

—Buenas tardes, *sah*. Éste es el chico —lo presentó la tía.

El señor alzó la vista. Tenía la tez hosca, del color de la corteza de un árbol viejo, y el vello que le cubría el pecho y las piernas era abundante y de un tono más oscuro. Se quitó las gafas.

—¿El chico?

—El criado, *sah*.

—Ah, claro, me ha traído al criado. *I kpotago ya*.

Las palabras en igbo del señor fluían livianas a oídos de Ugwu. La entonación quedaba suavizada por la influencia del efecto ligado de la lengua inglesa, el acento en igbo de alguien que hablaba inglés a menudo.

—Trabjará mucho —le aseguró la tía—. Es muy buen chico. Solo tiene que decirle lo que quiere que haga. ¡Gracias, *sah*!

El señor emitió un gruñido por respuesta mientras observaba a Ugwu y a su tía con expresión algo aturdida, como si su presencia le dificultara el recordar algo importante.

La tía le dio a Ugwu unas palmadas en el hombro mientras musitaba que se portara bien, y a continuación se volvió hacia la puerta. En cuanto se hubo marchado, el señor se colocó de nuevo las gafas, dirigió la mirada hacia el libro y se reclinó para adoptar una postura aún más cómoda, con las piernas estiradas. Incluso al volver las páginas mantenía la mirada fija en el libro.

Ugwu se quedó esperando junto a la puerta. Los rayos de sol penetraban por la ventana y, de vez en cuando, una ligera brisa levantaba las cortinas. La sala permanecía en completo silencio a excepción del crujido del papel al volver las páginas. Ugwu se quedó así unos instantes y a continuación se fue acercando a la estantería, cada vez un poco más, como si quisiera esconderse detrás. Luego, al cabo de un rato, se dejó caer al suelo, con su bolsa de rafia entre las rodillas. Alzó la mirada al techo, muy alto y de un blanco incisivo. Cerró los ojos y trató de imaginarse aquella amplia habitación y el mobiliario que le resultaba ajeno, pero no lo logró. Abrió los ojos y de nuevo lo invadió el asombro, así que escrutó lo que le rodeaba para convencerse de que todo aquello era real, de que él iba a sentarse en aquellos sofás, pulir el pavimento liso y resbaladizo, lavar las cortinas vaporosas.

—*Kedu afa gi?* ¿Cómo te llamas? —le preguntó el señor sobresaltándolo.

Ugwu se puso en pie.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntarle el señor, y se incorporó en el asiento.

Ocupaba todo el sillón, el pelo hirsuto formaba un halo por encima de su cabeza, y tenía los brazos musculosos y las espaldas anchas; Ugwu se había imaginado a alguien más mayor, más frágil, y de pronto sintió miedo de no satisfacer a aquel señor de aspecto tan vital y juvenil que no parecía necesitar nada de nadie.

—Ugwu, *sah*.

—Ugwu. Y vienes de Obukpa, ¿verdad?

—De Opi, *sah*.

—Podrías tener cualquier edad entre los doce y los treinta años. —El señor aguzó la vista—. Es probable que tengas trece. —Dijo la cifra en inglés: «thirteen».

—Sí, *sah*.

El señor volvió a su lectura. Ugwu permaneció inmóvil. Después de pasar deprisa unas cuantas hojas, levantó la vista de nuevo.

—*Ngwa*, ve a la cocina. Encontrarás algo de comer en la nevera.

—Sí, *sah*.

Ugwu entró en la cocina con cautela, poniendo despacio un pie delante del otro. Cuando vio aquello de color blanco, casi tan alto como él, dedujo que se trataba de la nevera. Su tía le había hablado de ello. Una especie de fresquera donde no se estropeaba la comida, según le había explicado. Ugwu lo abrió y dio un grito ahogado al notar la ráfaga de aire frío en el rostro. Naranjas, pan, cerveza, refrescos: muchas cosas empaquetadas y enlatadas se encontraban dispuestas en diferentes niveles, y, arriba de todo, un apetecible pollo asado al que solo le faltaba un muslo. Ugwu extendió el brazo y lo tocó. El aire que exhalaba el frigorífico le zumbaba con fuerza en los oídos. Volvió a tocar el pollo y se chupó el dedo antes de arrancar el muslo restante y comérselo hasta que solo le quedaron en la mano trocitos de hueso chupados. A continuación partió un poco de pan, una porción que le habría entusiasmado compartir con sus hermanos si algún pariente de visita se la hubiera ofrecido como obsequio. Comió deprisa, sin dar tiempo a que el señor pudiera aparecer y haber cambiado de opinión. Ya había terminado y se encontraba de pie junto al fregadero, tratando de recordar lo que su tía le había explicado acerca de abrirlo para que el agua brotara a chorro como de una fuente, cuando entró. Se había puesto una camisa estampada y unos pantalones. Los dedos de sus pies, que asomaban por las zapatillas de piel, tenían un as-

pecto femenino, tal vez por lo impolutos; saltaba a la vista que siempre llevaba calzado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Sah? —Ugwu señaló el fregadero.

El señor se acercó y giró la palomilla metálica del grifo.

—Será mejor que eches un vistazo a la casa y dejes tu bolsa en la primera habitación que encontrarás yendo por el pasillo. Voy a dar un paseo para despejar la cabeza, *i nugo*?

—Sí, sah.

Lo observó mientras salía por la puerta de atrás. No era alto pero tenía el andar brioso, enérgico, y se parecía a Ezeagu, el hombre que ostentaba el título de mejor luchador en el pueblo de Ugwu.

Ugwu cerró el grifo, y volvió a abrirlo y a cerrarlo. Y de nuevo lo abrió y lo cerró; una y otra vez, hasta que la maravilla del agua corriente y la agradable sensación de tener el estómago lleno de pollo y pan hicieron que se echara a reír. Atravesó la sala y salió al pasillo. Había libros apilados en las estanterías y en las mesas de los tres dormitorios, y también encima del lavabo y de los armarios del cuarto de baño; en el estudio las pilas de libros llegaban hasta el techo, y en la despensa viejas publicaciones se acumulaban junto a cajas de Coca-Cola y envases de cartón de cerveza Premier. Algunos de los libros yacían boca abajo, abiertos, como si el señor los hubiera dejado a medio leer para apresurarse a coger otro. Ugwu se esforzó por leer los títulos, pero la mayor parte eran demasiado largos, demasiado difíciles: *Métodos no paramétricos*, *Un estudio africano*, *La gran cadena de los seres vivos*, *El impacto normando en Inglaterra*. Fue de habitación en habitación de puntillas porque creía tener los pies sucios, y a medida que avanzaba se sentía cada vez más decidido a complacer al señor, a alojarse en aquella casa en la que se comía carne y el suelo estaba fresco. Examinó el retrete; justo cuando pasaba la mano por la tapa de plástico negro, oyó la voz del señor.

—¿Dónde estás, amigo mío? —Dijo «amigo mío» en inglés.

Ugwu se dirigió a la sala a toda prisa.

—¡Sí, *sah*!

—Recuérdame tu nombre.

—Ugwu, *sah*.

—Claro, Ugwu. Fíjate en esto, *nee anya*. ¿Sabes qué es?

El señor apuntó con el dedo y Ugwu se quedó mirando la caja metálica llena de botones de aspecto peligroso.

—No, *sah* —respondió.

—Es una radiogramola. Es nueva y funciona muy bien. No tiene nada que ver con esos gramófonos viejos a los que hay que dar vueltas y más vueltas. Debes tener mucho cuidado con el aparato; mucho. No puede caerle agua.

—Sí, *sah*.

—Me voy a jugar al tenis y luego me quedaré un rato en el centro de profesores. —El señor cogió algunos libros de la mesa—. Puede que vuelva tarde, así que instálate y descansa.

—Sí, *sah*.

Después de observar cómo el señor salía en coche del recinto, Ugwu se acercó hasta la radiogramola y examinó el aparato con cautela, sin tocarlo. Luego, dio vueltas por la casa, de aquí para allá, palpó los libros, las cortinas, los muebles y la vajilla. Cuando oscureció, encendió la luz y se quedó maravillado ante el resplandor que desprendía la bombilla colgada del techo, y que no proyectaba sombras alargadas en la pared como las lámparas de aceite de palma de su casa. A aquellas horas su madre debía de estar preparando la cena, machacando *akpu* con la mano del mortero sujeta muy fuerte entre las suyas. Chioke, la esposa más reciente, se estaría ocupando de la olla de caldo agüado que se sostenía en equilibrio sobre tres piedras colocadas alrededor del fuego. Los chicos habrían vuelto del riachuelo y estarían haciéndose burlas y persiguiéndose entre ellos bajo el árbol del pan. Tal vez Anulika los estuviera vigi-

lando. Ahora era la mayor de todos los hijos que vivían con la familia y, por tanto, mientras se sentaban juntos a comer alrededor del fuego, tendría que encargarse de poner fin a las disputas de los más pequeños por los tropezones de pescado seco de la sopa. Esperaría a que se terminaran el *akpu* y luego repartiría el pescado de tal manera que a cada niño le tocara un trozo, y se guardaría para ella el más grande, como él había hecho siempre.

Ugwu abrió el frigorífico y comió un poco más de pan y de pollo. Se embutió la comida en la boca mientras el corazón le latía como si hubiera estado corriendo; luego arrancó unos cuantos trozos más de la pechuga y las alas. Se metió la comida en los bolsillos de los pantalones cortos y se dirigió al dormitorio. Pensaba guardarla hasta que su tía fuera a verlo y pedirle que se la diera a Anulika. Tal vez pudiera llevarle también un poco a Nnesinachi; así acabaría fijándose en él. No tenía muy claro cuál era el parentesco que los unía; lo único que sabía era que pertenecían a la misma *umunna* y, por tanto, no podrían casarse nunca. Aun así, habría agradecido que su madre no se refiriera a la chica como su hermana y dejara de decirle cosas como: «Por favor, llévale este aceite de palma a mama Nnesinachi, y si no está, dáselo a tu hermana».

Nnesinachi siempre le hablaba en un tono distraído, sin fijar la mirada en él, como si su presencia no la afectara en lo más mínimo. A veces lo llamaba Chiejina, que era el nombre de un primo al cual no se parecía en nada, y cuando Ugwu le hacía ver que no se trataba de él, la chica se disculpaba diciéndole: «Perdóname, Ugwu, hermano mío», en un tono formal y distante que daba a entender que no tenía ganas de alargar la conversación. En cambio a él le gustaba que lo mandaran con recados a su casa. Siempre representaban una oportunidad de encontrarla agachada, bien avivando el fuego, bien cortando hojas de *ugu* para el caldo que hacía su madre, o sentada al aire libre vigilando a sus hermanos pequeños con la túnica lo bastante baja para

lograr verle la parte alta de los senos. Desde que sus pechos empezaron a apuntar, sentía curiosidad por saber si su tacto resultaría mullido o prieto como la fruta verde del *uhe*. Tenía ganas de que Anulika dejara de tener el pecho tan plano —de hecho, se preguntaba por qué a su hermana tardaban tanto en crecerle los senos, puesto que tenía aproximadamente la misma edad que Nnesinachi—, para así poder palpárselos. Claro que Anulika le apartaría la mano de golpe, eso si no le propinaba además una bofetada, pero él lo haría muy deprisa, le daría un apretoncito y echaría a correr, y por lo menos se formaría una idea de qué podía esperar cuando por fin tocara los senos de Nnesinachi.

No obstante, le preocupaba que esa oportunidad no llegara nunca, ahora que el tío de la chica le había pedido que se fuera con él a Kano para aprender un oficio. Partiría hacia el norte al final del año, cuando el más pequeño de sus hermanos, de quien su madre estaba encinta, empezara a andar. A Ugwu le habría gustado sentirse tan contento y agradecido como el resto de la familia. A fin de cuentas, en el norte se podía hacer fortuna; tenía conocidos que se habían marchado allí a comerciar y al volver habían derribado sus antiguas cabañas y habían construido casas cubiertas con chapa ondulada. Pero él temía que alguno de aquellos negociantes barrigudos del norte le echara el ojo a la chica y lo siguiente que supiera de ella fuera que alguien le había ofrecido vino de palma a su padre y que nunca llegaría a tocarle los pechos. Era la imagen de aquellos pechos la que reservaba para el final de cada una de las frecuentes noches de tocamientos, suaves al principio y luego más enérgicos, hasta que acababa emitiendo un gemido quedo. Siempre empezaba figurándose el rostro de la chica, las mejillas plenas y los dientes de color marfil; luego se imaginaba que ella lo rodeaba con sus brazos, que pegaba el cuerpo al de él. Finalmente, sus pechos cobraban forma; a veces su tacto era prieto y lo incitaban a mordisquearlos;

otras, resultaban tan suaves que temía que su roce imaginario les causara dolor.

Se planteó durante unos momentos pensar en ella aquella noche, pero al final decidió no hacerlo. Era la primera que pasaba en casa del señor, en aquella cama que no tenía nada que ver con su estera de rafia tejida a mano. Primero presionó el colchón mullido con las palmas de las manos, luego examinó las capas de diferentes géneros que lo cubrían sin saber si echarse encima o si retirar la ropa y deshacer la cama antes de acostarse. Al final, se subió y se acostó sobre las mantas con el cuerpo hecho un ovillo.

Soñó que el señor lo llamaba: «¡Ugwu, amigo mío!», y cuando se despertó el hombre lo contemplaba desde la puerta. Tal vez no hubiera sido un sueño. Se levantó apresuradamente y se quedó mirando las ventanas con las cortinas recogidas, confuso. ¿Era tarde? ¿Se habría quedado dormido por culpa de la cama mullida? Solía despertarse con los primeros cantos del gallo.

—¡Buenos días, *sah*!

—Aquí huele mucho a pollo asado.

—Lo siento, *sah*.

—¿Dónde está el pollo?

Ugwu hurgó en los bolsillos de sus pantalones cortos y sacó los trozos de pollo.

—¿En tu familia coméis mientras dormís? —le preguntó el señor.

La prenda que llevaba puesta parecía un abrigo de mujer, y con gesto distraído retorció la cuerda atada a modo de cinturón.

—¿Cómo, *sah*?

—¿Pensabas comerte el pollo en la cama?

—No, *sah*.

—Solo se come en el comedor o en la cocina.

—Sí, *sah*.

—Hoy te toca limpiar la cocina y el baño.

—Sí, *sah*.

El señor dio media vuelta y se marchó. Ugwu se quedó temblando en la habitación, sosteniendo aún en su mano extendida los trozos de pollo. Al final, volvió a guardárselos en los bolsillos, respiró hondo y salió del dormitorio. El señor estaba sentado a la mesa, con una taza de té frente a él sobre una pila de libros.

—¿Sabes quiénes mataron realmente a Lumumba? —dijo el señor, alzando la mirada de una revista—. Los americanos y los belgas. Katanga no tuvo nada que ver.

—Sí, *sah* —asintió Ugwu.

Quería que el señor continuara hablando para oír la sonoridad de su voz, la musicalidad de las frases en igbo salpicadas de palabras en inglés.

—Eres mi criado —dijo el señor—. Si te ordeno que salgas y golpees con un palo a una mujer que pasa por la calle y tú le pegas y le haces sangre en la pierna, ¿quién es el responsable de esa herida, tú o yo?

Ugwu se quedó mirando al señor mientras negaba con la cabeza. Se preguntaba si se trataría de algún rodeo para referirse a los trozos de pollo.

—Lumumba era el primer ministro del Congo. ¿Sabes dónde está el Congo? —le preguntó.

—No, *sah*.

El señor se levantó deprisa y entró en el estudio. El miedo debido al desconcierto hizo que a Ugwu le empezaran a temblar los párpados. ¿Lo enviaría el señor de vuelta a casa por no hablar bien inglés, por haberse guardado trozos de pollo en los bolsillos durante la noche o por no conocer los sitios raros a los que se refería? El señor volvió con una gran hoja de papel que desdobló y extendió sobre la mesa del comedor tras apartar los libros y las revistas. Luego señaló con el bolígrafo.

—Éste es nuestro mundo, aunque las personas que trazaron el mapa decidieran situar su tierra por encima de la nuestra. Ya ves que aquí no hay parte superior ni inferior. — El señor cogió la hoja y la dobló de manera que los cantos